LUIS GABALDON Y ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

LA CARRERA

COMEDIA DRAMATICA

en cuatro actos.



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, 24.

1925

LA CARRERA

LA CARRERA

COMEDIA DRAMATICA

en cuatro actos, de Schirokauer y Rosenhayn,

VERSION CASTELLANA

de

Luis Gabaldón y Enrique F. Gutiérrez-Roig

Estrenada con éxito enorme

en el Teatro de LA LATINA, de Madrid,

el 27 de Mayo de 1925

MADRID

IMPRENTA DE L. RUBIO

Calle de las Aguas, 11, duplicado.

1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA........................	María Palou.
HORTENSIA.................	Ana Leyva.
VICTOR......................	Teófilo Palou.
EL GOBERNADOR..........	Ramiro de la Mata.
LAVERÑE...................	Julián P. Avila.
CARUS........................	Rafael Benítez.
BAKÚ.........................	Fernando Aguirre.
LAROCHE....................	Alejandro Navarro.
EL DOCTOR MADIN.........	José Alburquerque.
FRANCISCO..................	Eduardo Moreno.
A-FUN........................	Eduardo Moreno.
BEKON.......................	N. Múgica.

Lugar de la acción, en una pequeña ciudad de la Colonia francesa de Cochinchina. Epoca actual.

Derecha e izquierda las del artista.

Los tres primeros actos ocurren en la misma noche, desde las diez a la una; el cuarto acto, ocho días después.

Apuntaron esta comedia: Angel Maynar y José Grande.

ACTO PRIMERO

Terraza circular de un palacete, rodeado de jardín. A la derecha, puerta de entrada al palacio. Muebles de junco barnizados de blanco. Al fondo, el jardín, ~~exuberante de vegetación exótica~~. Se ~~está~~ celebra celebrando una fiesta nocturna en casa del Gobernador. Los caballeros visten el traje ~~habitual~~ de sociedad en la colonia francesa, ~~esto es: americana blanca y pantalón blanco de hilo~~; las señoras lucen toaletas a la europea.

~~ESCENA PRIMERA~~

(Al levantarse el telón se hallan rodeando una mesa, en primer término derecha, el Comisario Laroche, Carús, Víctor y Laveñe. Están fumando y bebiendo unas copas. Laroche, a la izquierda de la mesa, toma café. A su tiempo, por el foro, Bakú. Se oye la música lejana de la fiesta.)

CARUS — Cuidado que hace falta valor para beberse ese café tan negro.

LAVEÑE — ¿No le quita a usted el sueño?

COMISARIO — Precisamente por eso lo tomo. Cuando todos los invitados a esta espléndida fiesta de nuestro querido Gobernador descansen en sus lechos soñando con su recuerdo, yo estaré velando ante mi mesa escritorio.

CARUS — ¿Pero también hoy trabaja usted?

COMISARIO — ¿Hoy? Todos los días, amigo Carús, y hoy precisamente por culpa de usted. Por haber perdido la causa.

CARUS — Pues lo siento doblemente.

COMISARIO Si no hubieran condenado a su defendido, no tendría yo que velar hoy preparando su expedición.

LAVERÑE ¿Lo embarcan mañana?

COMISARIO Ahora, apenas apunte el alba.

CARUS Pues de veras que lo siento; pero principalmente por usted.

COMISARIO Pues por mí no lo sienta: siéntalo usted por él, y en todo caso por su amor propio de abogado.

CARUS Hombre, la causa tenía muy difícil defensa.

LAVERÑE Es verdad.

COMISARIO Pues... no lo sienta usted por nadie. Para mí es el pan de cada día. Estos indochinos son todos criminales natos. El que no es ladrón, es asesino. Todos los días del año tengo algo que hacer con ellos. ¡Ah, querido Carus, es mucho mejor ser abogado en París que comisario de Policía en Cochinchina. Usted no conoce esto.

CARUS *(Que lleva smoking y pantalón negros.)* Desde luego, no hay más que reparar en mi traje para comprender que no lo conozco. No conté con la temperatura, me vine con la ropa de París, y soy la única mosca negra.

LAVERÑE ¡Ja, ja, ja! Entre tanta mosca blanca.

COMISARIO Está usted de etiqueta...

CARUS La etiqueta aquí es el traje blanco. .

LAVERÑE La etiqueta y la no etiqueta, por exigencias de la temperatura; pero de todas suertes está usted mejor que los demás; usted va de esmoking y todos debiéramos ir de esmoking, aunque nos muriésemos de calor. *(Dentro cesa la música y estalla una ovación.)*

CARUS ¡Caramba, qué éxito!

LAVERÑE Es ese Bakú, el tocador de biva. *(Sale Bakú de espaldas por el foro, haciendo todavía reverencias a un público imaginario.)* Ahí lo tienen ustedes.

BAKU Salud, señó; salud, señó; salud, señó Comisario.

COMISARIO ¿Has acabado ya tu número?

BAKU Sí, señó.

COMISARIO Pues vete.

BAKU Sí, señó.

COMISARIO Y que no te vea yo más aquí en toda la noche.

BAKU Sí, señó. Salud. *(Mutis izquierda haciendo zalemas.)*

COMISARIO Ahí tiene usted, amigo Carús, un buen ejemplar. Este es asesino y ladrón, todo en una pieza.

CARUS Caramba, ¿y cómo anda suelto?

LAVERÑE No ha matado a nadie.

VICTOR Pero intentó matar.

LAVERÑE Caramba, al fin habló usted.

VICTOR Hablo porque...

COMISARIO Intentó matar en riña; pero intentar una cosa no es consumarla. Por lo demás, yo he empezado diciendo que es asesino y ladrón y le creo capaz de todo. Es un degenerado, trastornado por el opio. Mentiroso, canalla, sádico y masoquista a la vez.

VICTOR Pero como toca muy bien la biva y danza y hace juegos malabares y divierte al Gobernador, pues anda suelto; este Gobernador protege a los criminales y a los imbéciles.

COMISARIO Es usted demasiado duro con nuestro anfitrión.

VICTOR El es, en cambio, demasiado blando con quien le conviene.

LAVERÑE *(En tono de reproche.)* ¡Víctor, Víctor!

VICTOR Yo creo que...

COMISARIO *(Levantándose como para no seguir la conversación y dirigiéndose a Carús.)* ¿Damos una vuelta por el jardín, amigo Carús?

CARUS Con mucho gusto. *(Levantándose y dirigiéndose a los otros.)* ¿Ustedes no vienen?

VICTOR Yo espero aquí a mi mujer.

LAVERÑE Y yo le hago compañía.

COMISARIO Pues hasta ahora. *(Inicia el mutis con Carús.)* Sí, querido amigo; aquí, en la Cochinchina, tenemos que lidiar con gente tan

maleante, tan inmoral, que yo, la verdad... *(Desaparecen los dos por el foro.)*

ESCENA II

VICTOR y LAVERÑE

LAVERÑE ¿Qué tiene usted, Crómer ¿Qué le pasa? A quién se le ocurre, delante del Jefe de Policía, decir que el Gobernador...

VICTOR ¡Que se vaya al diablo!

LAVERÑE ¿Está usted loco? ¡No diga eso! ¡A ver si le oye! Su carrera está en manos del Gobernador. ¡Y ahora que están tramitando los ascensos!

VICTOR Yo sé que no asciendo.

LAVERÑE ¿Cómo? ¿Es que se ha hecho ya pública la propuesta?

VICTOR *(Mostrándole una hoja impresa.)* ¡Véala usted!

LAVERÑE *(Leyéndola con ansiedad, como buscando su nombre.)* No...

VICTOR No se moleste, señor Procurador; tampoco usted asciende.

LAVERÑE ¡Pero si no es posible! Desde hace cinco años que espero mi ascenso a Procurador superior.

VICTOR Pues hágase a la idea de seguir esperando.

LAVERÑE ¡Pero si no es posible! Aquí debe de haber un error.

VICTOR Eso es precisamente lo triste, que un error de estas gentes decide toda nuestra vida.

LAVERÑE ¡Pero si es inaudito! ¡Un hombre como yo, que ha defendido brillantemente asuntos tan difíciles, como el de madame Callerí y el proceso de las Aduanas! Ya sabe usted que no se habla de otra cosa en Cochinchina. En justicia, yo debía estar hoy en el Tribunal Supremo de París.

VICTOR ¡Sí, sí, sí! ¡Justicia! No la hay, ni quieren hacerla. Yo no me considero un genio, pero me creo superior a Legrand, y ahí lo

tiene usted. Cuando estudiábamos juntos en la Universidad, era el más torpe de todos, y, sin embargo, es el que ha hecho más carrera. Y nada quiero a usted decirle de otros que usted conoce, que siendo tan idiotas como Legrand, hoy ostentan los tres galones de plata.

LAVERÑE Unos hombres como nosotros, que han puesto al servicio de la Francia su fuerza, su tiempo y su inteligencia, con la agravante de padecer este clima del Extremo Oriente. ¿Por qué se nos trata de ese modo?

VICTOR Esto no es cosa del azar; es algo sistemático.

LAVERÑE Aquí, en confianza, no tengo muy buena opinión de nuestros superiores. Sé que son unos imbéciles, pero por mucho que lo sean, no pueden hacer una cosa semejante sin alguna razón.

VICTOR Mi querido Laverñe, aunque usted conociera las causas, sería el último en protestar.

LAVERÑE Tanto como eso... Puede que alguna vez me decida a hablar seriamente con el Gobernador.

VICTOR Parece como si no le conociera usted. Le recibirá muy amable, le dará un habano y le despedirá extremando su cortesía; pero en cuanto al ascenso, nada conseguirá. Créame, amigo Laverñe; por ese camino no se va a ninguna parte.

LAVERÑE ¿Conoce usted otro? ¿Algún camino que no sea... cómo diré yo, contrario a la subordinación?

VICTOR Sí, sé un camino, y es el de ir a Saigón para ver al Residente general.

LAVERÑE ¿Está usted loco? ¿Ver al Residente? Vale tanto como acusar al Gobernador.

VICTOR ¡Pues se le acusa! Yo no estoy dispuesto a tolerar más esta injusticia; iré a hablar con el Residente para darle cuenta de lo que se viene haciendo conmigo.

LAVERÑE ¡Por Dios, que pueden oirnos!

VICTOR Eso es lo que hace falta, que nos oigan. Yo

quisiera que me oyeran en el mismo París. Ya he callado bastante.

LAVERÑE — ¡Pero Víctor!... Se está usted comprometiendo y comprometiéndome a mí. Usted se olvida que en este momento es usted un invitado en casa del Gobernador.

VICTOR — Ya estoy harto de su hipocresía. Delante de mí se muestra muy amable. El que mis opiniones políticas no coinciden con las suyas, no es una razón para detentar el porvenir de mi carrera. ¡Es un canalla!

LAVERÑE — ¡Por Dios, yo no quiero saber nada! ¡Conste que yo no he dicho nada!

VICTOR — No tenga usted miedo, señor Procurador; no le comprometeré a usted en nada.

LAVERÑE — Vamos, sea usted razonable, Crómer. Conserve usted su sangre fría.

VICTOR — Yo no me dejaré matar impasiblemente; yo me defenderé a puñadas, a mordiscos, si fuera preciso.

LAVERÑE — Alguien viene. ¡Cállese! (entra Elena)

~~ESCENA III~~

~~DICHOS y~~ ELENA

ELENA — ¿Qué hacen ustedes aquí?

LAVERÑE — Señora, ayúdeme a convencer a su marido que no diga ciertas cosas que pueden originarle graves disgustos. ¿Pues no pretende marcharse a Saigon sin permiso para hablar con el Residente general? Eso es ir hacia el abismo, y lo peor es que también la arrastrará a usted y quizá a mí, si dice que ha hablado conmigo.

VICTOR — ¿A usted? ¡A usted no! *(Con frío desdén.)*

ELENA — ¿Quieres ir a ver al Residente?

VICTOR — Estoy decidido. Mañana por la mañana. Ahora mismo voy a casa para preparar el equipaje.

LAVERÑE — ¿Pero ve usted qué terquedad? Es preciso que le disuada usted de ese propósito.

ELENA — Tú no puedes irte así; es preciso que antes te tranquilices. Debemos reflexionar.

VICTOR — Ya he reflexionado bastante durante años enteros. Ahora hay que resolver.

LAVERÑE — ¿Pero usted lo oye? ¡Está fuera de sí! Y lo grave es que el Gobernador puede entrar de un momento a otro.

ELENA — ¡Si yo no le hubiera entregado la lista de los nombramientos. *(A Laverñe.)* Yo tengo la culpa.

VICTOR — Es lo mismo. Lo hubiera sabido mañana.

LAVERÑE — No es lo mismo, porque aquí estamos en la boca del león.

VICTOR — León y todo, pronto sentirá mis zarpazos.

ELENA — ¡Pero Víctor!... ¡Señor Laverñe, sin proponérselo, le irrita usted! Le ruego que nos deje solos. Váyase, señor procurador. *(Mutis Laverñe.)*

ESCENA IV

ELENA y VICTOR

ELENA — ¡Víctor! ¿Así es como mantienes tu promesa?

VICTOR — ¿Qué promesa?

ELENA — La de que esta noche estarías tranquilo.

VICTOR — Es verdad, te lo prometí; pero también te he prometido otras cosas. ¿Qué es lo que yo quería alcanzar para tí, al pedir tu mano? Poner a tus pies todas las riquezas del mundo, que fueras la mujer más envidiada de Francia.

ELENA — Pero Víctor, eso no eran más que fantasías, que yo no tomé nunca en serio.

VICTOR — Pues era toda mi ilusión y la de tu padre al darme tu mano. El también creía que conmigo te esperaba un porvenir brillante.

ELENA — Mi padre, al otorgar su consentimiento, sólo pensó en que tú me harías feliz por lo bueno que eres.

VICTOR — Todo eso está muy bien; pero lo cierto es

que yo no soy más que un empleado casi insignificante.

ELENA — No tanto, Víctor. Eres juez de instrucción. No seas impaciente. Confía. Todo llegará, Víctor. Tú eres inteligente y noble, y si hasta ahora no has tenido el éxito que mereces, no por eso han de vacilar mi fe, ni mi amor.

VICTOR — Eso lo dices por animarme; pero, a pesar tuyo, sin que tú te des cuenta, día llegará, como no varíen las circunstancias, en que sentirás hacia mí un poco de desdén. En la vida todo lo decide el éxito. Si yo lo hubiera tenido, hoy ocuparía un puesto en el Tribunal Supremo de París en vez de hallarme en el Extremo Oriente sin esperanza y sin porvenir. ¿Sabes tú lo que es compartir la vida con un hombre que nada significa?

ELENA — *(Casi con orgullo.)* Sí, Víctor, sí; sé que te persigue la desgracia y sé también cuánto sufres. ¿Crees que yo no siento tanto como tú lo que sucede? No puedes imaginarte las inquietudes que padecí los días que precedieron a la propuesta de los ascensos. No puedes imaginarte cuánto he rogado a Dios para que figurases entre los nombrados.

VICTOR — *(Nervioso.)* Eso es todavía peor que lo que yo creía.

ELENA — Pero no era por ambición, ni por el deseo de figurar, y de vivir en París. Esa me seducía, antes, cuando yo no conocía una felicidad más honda, más intensa. Hoy, nuestra vida conyugal tiene toda la ventura con que yo soñaba. Y quiero que lo sepas de una vez. Me alegro de que hayamos tenido esta conversación. No me conoces. Me es igual volver o no volver a Francia. *(Riendo.)* Tranquilízate, serénate, y seamos razonables.

VICTOR — La razón para tí en la vida es resignación a todo. Pero yo no pienso como tú.

ELENA (*Cariñosa.*) Yo pido resignación por el momento y nada más. ¡El tiempo sabe resolver tan admirablemente las cosas! (Entra Car

ESCENA V

DICHOS y CARUS

CARUS (*Representa cuarenta años. Viste con elegancia, va completamente rasurado y tiene el aire de un hombre que conoce la vida, hablando siempre entre irónico y burlón.*) Señora, estoy buscándola a usted por todas partes. ¿Y dónde la encuentro? En los brazos de su esposo. La corrupción de la colonia escandaliza con razón. ¡Esto no puede ser!

ELENA ¡Ah, señor Carús! ¿Cómo es que no ha ido usted a Francia en el vapor que ha salido hoy? ¿No se ha terminado el proceso?

CARUS Sí, señora. Mis asuntos terminaron. Mi defendido ha sido condenado esta mañana a diez años de trabajos forzados. Debía haberlo sido a cadena perpetua, porque es un canalla de la peor especie que ha estafado a Francia diez millones. Podía irme como usted ve, con el corazón henchido de alegría; pero me quedo porque tengo que hacer en Saigon. Mañana por la mañana salgo para ese pequeño París del Oriente.

VICTOR ¿Mañana por la mañana? Te acompaño.

CARUS ¿Supongo que no vendrás solo?

VICTOR Solo. No tengo tiempo que perder. Vuelvo en seguida. Hasta luego, Carús. ¿Vamos, Elena?

ELENA ¿Pero así, en plena fiesta?

VICTOR Claro.

CARUS ¿Sin esperar a la hora del champagne, que supongo será escaso y de mala marca?

VICTOR Todo lo tomas a broma, Carús. Tú puedes

hacerlo porque eres abogado independiente.

CARUS ¿Y tú no?

VICTOR Yo, por desgracia, soy funcionario del Estado. Cometí esa tontería. Vamos, Elena.

CARUS ¿Pero te vas de veras? ¿Sin esperar al champagne ese?

VICTOR Te advierto que no estoy de humor para bromas.

CARUS No importa, debes aparentarlo.

VICTOR Yo no sé aparentar.

CARUS Pues aprende. El que más y el que menos tiene que disimular. ¡Si supiéramos lo que les ocurre a cuantos invitados hay aquí en este momento... ¡Figúrate! Su exterior es lo que nos importa. Y gracias a él la sociedad existe.

VICTOR ¿Y qué es la sociedad?

CARUS Yo, el Gobernador, todos cuantos pueden hacerte daño.

VICTOR ¡Bonita sociedad!

CARUS Yo no la hice. Me la encontré tal y como es.

VICTOR Pues yo no quiero estar en una sociedad que es mi enemigo.

CARUS ¡Enemigo... enemigo! Tanto lo es tuyo como mío. La sociedad es el enemigo de todos los hombres y se basa en el principio de la hostilidad. ¡Por eso nos es tan simpática, porque tiene por base el sentimiento más natural entre los humanos.

VICTOR Me es lo mismo. Vámonos.

ELENA Pero Víctor, por favor...

CARUS ¿Pero por qué quieres irte en este momento? ¿Para que piense todo el mundo que el señor juez de Instrucción, Víctor Crómer está ofendido? ¿Para que sea objeto de la burla de todos? *(Víctor hace ademán de hablar.)* Y si tú no quieres estar aquí de ninguna manera, vete, pero deja a tu mujer.

VICTOR Si ella quiere quedarse, que se quede.

ELENA Pero le extrañará a todo el mundo no verte.

VICTOR La ausencia de un hombre no se advierte nunca en sociedad. No ocurre lo mismo

con la mujer, sobre todo cuando esa mujer es muy hermosa. Quédate y diviértete.

ELENA ¡Sin tí!...

VICTOR Quédate, quédate, te lo ruego; así se disimula más; puesto que quieres disimular. Las once ya. Hasta luego. *(Mirando con impaciencia su reloj. Mutis por la izquierda.)*

ELENA Hasta luego, Víctor. ¡Qué abatido está el pobre! Es que indigna lo que hacen con él.

CARUS La capacidad no hace al hombre.

ELENA ¿Pues qué entonces?

CARUS Lo contrario.

ELENA ¿Cómo? ¿Su incapacidad acaso?

CARUS No. La capacidad de la mujer.

ELENA No es posible hablar en serio con usted.

CARUS Estoy hablando seriamente.

ELENA ¿Y qué es lo que pueden hacer las mujeres?

CARUS ¡Todo!

ELENA ¿Todo?

CARUS Sí, todo lo que el marido no puede conseguir, precisamente por ser hombre.

ELENA No le comprendo a usted... porque nunca se sabe la intención que envuelven sus palabras. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Mi conducta no es intachable?

CARUS Justamente esa es su falta, aunque parezca paradógico· Usted es demasiado correcta, y eso es lo que no es correcto.

ELENA ¿Para quién soy yo demasiado correcta?

CARUS Para el Gobernador.

ELENA ¿El Gobernador? ¿Qué quiere usted decir?

CARUS Repare en sus amigos. Deñols, Legrand, Lacombe...

ELENA ¿Lacombe? ¿Qué tiene que ver él?

CARUS Lo mismo que los otros. Todos han hecho una lucida carrera. Los tres están casados y sus mujeres no son muy guapas, ni muy espirituales, pero tienen bonita figura y son condescendientes.

ELENA Supongo que no querrá usted decir que mi amiga Hortensia Lacombe...

CARUS — El señor juez de instrucción, Víctor Crómer, tiene una mujer mucho más hermosa que esas y con una figura más arrogante, y el juez de instrucción Crómer sigue siendo juez de instrucción porque su esposa es correcta en lugar de ser complaciente.

ELENA — Eso no puede ser verdad, porque, de serlo, sería escandaloso.

CARUS — ¿Escandaloso? ¿Pero en qué mundo vive usted, Elena? La humanidad se compone de hombres y de mujeres y es una ley de la Naturaleza que los hombres vayan en pos de las mujeres. ¿Cree usted que el Gobernador es una excepción?

ELENA — Lo que no puedo imaginarme es que mi amiga Hortensia Lacombe...

CARUS — No hay que imaginar nada, Elena; no hay que imaginar nada. Una mujer inteligente tiene mil recursos para no entregarse. Es como un sagaz diplomático que última sus tratados, que hace sus convenios, buscando sus ventajas, ofreciéndose, y que al final encuentra siempre una razón para no rendir su virtud.

ELENA — Yo no soy un diplomático.

CARUS — Eso es lo lamentable.

ELENA — Pero tampoco soy una *cocotte*.

CARUS — ¡Oh! Decididamente toma usted la cosa demasiado en serio. Echelo a broma y vuelva usted loco al Gobernador, búrlese de él cuanto quiera y saque el mejor partido posible. Déjele que le haga la corte, flirtee usted con él... y al final saldrá usted victoriosa con una retirada estratégica.

ELENA — *(Queda en actitud meditabunda. Carús va y viene por la escena, llega al foro, mira hacia la derecha y ríe.)* No, no; yo no puedo creerle a usted.

CARUS — Estoy acostumbrado a que no se crean nunca mis afirmaciones; pero como un buen defensor tiene siempre dispuestos sus testigos, en este mismo instante va usted a tener ocasión de oirlos. *(Se separa del*

fondo y entra el Gobernador acompañado de Hortensia Lacombe. El Gobernador representa unos sesenta años bien conservados, y su aire es el de un gran señor. Hortensia es una mujer de treinta años, muy coqueta y de vivo temperamento. Carús hace una reverencia y Elena otra con frialdad ante el Gobernador.)

ESCENA VI

DICHOS, HORTENSIA y el GOBERNADOR

HORTEN. *(Dejando el brazo del Gobernador y corriendo hacia Elena, que retrocede unos pasos.)* ¡Elena! ¡Te he buscado por todo el jardín! Felizmente, el señor Gobernador ha tenido la buena idea de traerme hasta aquí.

CARUS *(Irónicamente, pero con deferencia.)* Nosotros nos retiramos, señor Gobernador.

GOBERN. Nada de eso, y menos estando aquí presente la señora de Crómer.

CARUS *(Vehemente.)* Es la esposa del juez de Instrucción que no ha sido ascendido.

GOBERN. Sí, sí, lo siento extraordinariamente. *(Yendo a Elena y besando su mano.)* Señora, ¿le divierte a usted mi fiesta?

CARUS Mucho. Y eso que su marido está ausente.

GOBERN. ¡Ah, ah! Entonces me veo obligado a colocar a usted bajo mi especial protección.

CARUS Me alegro. Crómer no se sentía bien y me dejó al cuidado de Elena. ¿Y qué mejor manera de guardar los intereses de un antiguo y querido compañero, que, confiando su hermosa mujer a vuestra especial protección, señor Gobernador?

HORTEN. Cierto, y si usted conociera más a mi amiga Elena... *(Al Gobernador.)*

GOBERN. Desgraciadamente, esta señora no me ha dado ocasión para ello.

HORTEN. Pues quizá la tenga cuando yo me vaya. ¿No sabes, Elena? Nos vamos a Francia en el próximo vapor; mi esposo ha sido ascendido y trasladado a París. Va a la Audiencia.

ELENA Ya lo he leído.

GOBERN. Desgraciadamente, mis mejores amigos me abandonan. Ser Gobernador en las Colonias es lo más infortunado del mundo. Todo el que se acerca a él, desea algo, y si se lo concede, pierde el amigo.

CARUS Pero su posición, señor Gobernador, le proporciona también grandes placeres. *(Mira fijamente a Hortensia.)*

HORTEN. ¿Por qué me mira usted tan fijamente?

CARUS ¿Fijamente? ¡Oh, perdón! Es una mala costumbre que tengo. El hábito de mirar así a los testigos en los Tribunales.

GOBERN. Estos abogados de París... ¿Cuándo vuelve usted a Francia, amigo Carús?

CARUS Parto mañana por la mañana; pero es a Saigón.

GOBERN. Le envidio a usted. ¡Saigón tiene tantas distracciones! Señora, dejo a ustedes un momento. ¿Querrá usted hacerme el honor de bailar el primer vals conmigo?

ELENA Sí, señor; con mucho gusto.

GOBERN. Gracias. Con su permiso, voy a dar unos encargos al señor Carús. Estas señoras nos perdonarán un momento.

CARUS ¡Estoy a sus órdenes!

GOBERN. *(A Elena.)* Vendré a buscarla a usted para el vals. *(Mutis los dos por el foro.)*

ESCENA VII

ELENA y HORTENSIA

HORTEN. Elena, ¿te has dado cuenta de que aún no me has felicitado por el ascenso de mi marido?

ELENA (*Levantando la cabeza y con aire un poco turbado.*) No: es verdad.

HORTEN. Todavía no has tenido para mí ni una palabra amable. Si no fueras mi más íntima y querida amiga, creería que me tienes envidia.

ELENA Sabes muy bien que no soy envidiosa. Te felicito de todo corazón.

HORTEN. ¡Me da tanta pena separarnos! Por más que puede que también os llegue muy pronto a vosotros la hora de la libertad. (*Baila, bate sus manos y da muestras de estar muy alegre.*) ¡Qué alegría, Elena! ¡Volver a París después de haber vivido tantos años en este desierto! ¡Pasear de nuevo por los boulevares, respirar otra vez el aire envenenado de París! ¡Volver a encontrarse en esa gran vida! ¡Ir por las mañanas al Bosque de Bolonia y por las noches a la Opera! ¡Ah, qué alegría, qué alegría! ¡No tener que comprarse los vestidos en estos sórdidos almacenes! ¡Volver de nuevo a revolver encajes, gasas y sedas con los grandes modistos! ¡Ah, no sé cómo he podido vivir faltándome estas cosas tan bonitas!

ELENA ¡Hortensia! ¿Es verdad que tú tienes un *flirt* con el Gobernador

HORTEN. ¡Cómo! ¿Qué dices?

ELENA ¿Es verdad que tú vuelves a París como recompensa a tus coqueterías?

HORTEN. ¿Estás loca? ¿Y, aunque así fuera, sería una falta?

ELENA ¿Te atreves a preguntarlo, Hortensia?

HORTEN. ¿Y por qué se te ocurre hablarme de esto ahora? ¿Lo sabes por tu marido? Pues no sigas mi ejemplo y tu marido no hará carrera.

ELENA (*Fuera de sí.*) ¡Oh! Terminantemente te prohibo que hables de Víctor.

HORTEN. Temo que nunca hable nadie de él.

ELENA Si se tratase de inteligencia, mi marido no sería aventajado por el tuyo.

HORTEN. Pues ya ves cómo le ha aventajado.

ELENA Lo creó, y si yo quisiera hacer lo que tú...

HORTEN. No riñamos, Elena. ¿Crees que es tan fácil? ¿Crees tú que es seductora toda la que... quiere serlo? *(Ríe burlonamente.)* ¿Crees que es tan sencillo gustarle a ese taimado? No es tan fácil como parece. La honradez y el sentimentalismo son malos compañeros en este viaje de la vida.

ELENA ¡Ah! Luego es verdad, tú, tú...

HORTEN. Sí. Yo he resuelto mi vida, y el porvenir de mi marido, sin comprometer absolutamente nada.

ELENA ¿Y tu marido ha sabido algo?

HORTEN. Entre marido y mujer, mi querida Elena, hay cosas que existen, de las cuales los dos sospechan y que no son peligrosas más que hablando de ellas. *(Durante las últimas palabras, el Gobernador y Carús han entrado en escena.)*

ESCENA VIII

DICHAS, el GOBERNADOR y CARÚS

CARUS ¡Bravo, bravo, señora; tiene usted razón! *(Dentro suena la música.)*

GOBERN. *(Acercándose a Elena.)* ¿Oye usted el vals? *(Ofreciéndole el brazo.)*

CARUS *(Aproximándose a Hortensia.)* ¿Quiere usted bailar conmigo? Digo, si no hay alguien que... *(Se oye la música más cerca.)* tenga derechos adquiridos.

HORTEN. No; mi marido estará divirtiéndose allá dentro.

CARUS Es verdad, que tiene usted un marido, ¡qué mala memoria la mía! ¡Y cómo está ese bravo Lacombe?

HORTEN. Encantado de la vida. *(Al golpe.)* ¿Ustedes no vienen?

GOBERN. Sigan, sigan ustedes. *(Mutis Hortensia y Carús.)*

ESCENA IX

ELENA y EL GOBERNADOR

ELENA ¡ Señor Gobernador !...

GOBERN. ¡ Señora !

ELENA ¿Le desagradaría a usted que nos quedásemos aquí un momento?

GOBERN. Al contrario. me complacerá mucho.

ELENA Estoy un poco cansada...

GOBERN. ¿No se divierte usted?...

ELENA Sí, gracias.

GOBERN. Voy a ofrecerle una copa de champagne. *(Trayendo una copa de champagne.)* ¿Tiene usted la bondad?

ELENA Gracias. *(Bebe.)*

GOBERN. ¿Desea hablar conmigo?

ELENA ¿Yo?... Sí... no... es decir...

GOBERN. Tenga usted confianza en mí. Yo soy su amigo. *(Se sientan.)*

ELENA Desearía saber una cosa.

GOBERN. Pregunte lo que quiera.

ELENA Dígame, señor Gobernador. ¿Hay países donde el ascenso de un funcionario no está en razón directa de su capacidad?

GOBERN. Hay países para todo.

ELENA Y en algunos, ¿la falta de pudor de una mujer substituye a la inteligencia del marido?

GOBERN. ¿Impudor? ¿Inteligencia? Eso no son más que ideas relativas.

ELENA ¡ Señor Gobernador !

GOBERN. Lo que hoy es falta de pudor, mañana puede llegar a ser heroísmo, y lo que ayer parecía incapacidad, puede trocarse hoy en méritos.

ELENA ¿Y quién decide eso?

GOBERN. Los merecimientos. Ya se lo he dicho a usted.

ELENA Aunque no se tengan. *(Levantándose.)*

GOBERN. ¿Cree usted que son injustos los ascensos concedidos? *Se levanta.)*

ELENA Hablando con franqueza, sí, señor.

GOBERN. Está usted algo nerviosa, querida señora.

ELENA ¿No he de estarlo, al oirle decir a usted que la inteligencia de un hombre no influye para nada en su porvenir?

GOBERN. ¡Inteligencia! ¡Capacidad! ¡Bien, sí! Pero hacen falta otra porción de cosas: fortuna, parientes, tener un exterior agradable, ademanes distinguidos, un buen sastre...

ELENA ¿Y una mujer hermosa?

GOBERN. También es muy importante ese punto, sí, señora! ¿Cree usted que es un signo de inteligencia tener una mujer fea?

ELENA Eso nada tiene que ver con servir al Estado.

GOBERN. ¡Oh, sí! ¿Cómo podría conseguir un funcionario llamar mi atención si no tiene particularmente algo interesante? ¿Y habrá algo más interesante que tener una mujer bonita?

ELENA ¿A usted le parece eso justo?

GOBERN. Amiga mía, el que tiene el poder tiene la justicia.

ELENA ¿Y es usted el que tiene el poder?

GOBERN. Sí, en mi jurisdicción, sí; después hay otro que tiene poder sobre mí.

ELENA ¡Ah! ¿Usted también tiene jefe?

GOBERN. Todo hombre tiene los suyos.

ELENA ¿Y usted no teme nada de ellos?

GOBERN. ¿Qué puedo temer yo? Yo cumplo con mi obligación.

ELENA Me parece, señor Gobernador, que usted hace algo más que cumplir con sus deberes.

GOBERN. Pongo mi entusiasmo en el servicio, señora.

ELENA ¿Y cree usted que ese entusiasmo lo aprecia su jefe en todo su valor

GOBERN. Habla usted demasiado de mi jefe, señora.

ELENA Es que alguien pudiera tener la idea de ir a Saigón.

GOBERN. ¿Para ver al Residente general?

ELENA Pudiera ser.

GOBERN. ¿Para quejarse de mí?

ELENA Quizás.

GOBERN. ¡Ah! ¡Ah! ¿Su marido de usted, por ejemplo?

ELENA Yo no he dicho nada.

GOBERN. Pero yo se lo digo a usted, y voy a añadir algo más. Su marido se ha marchado de aquí, no está en la fiesta, ¿por qué? Antes ignoraba el motivo; ahora lo sé con certeza. Sin duda, está preparando su equipaje para ir mañana por la mañana a Saigón.

ELENA No, no, señor Gobernador. Usted se equivoca.

GOBERN. Su marido va a pedir una audiencia al Residente general para querellarse contra mí.

ELENA ¿Pero por qué piensa usted eso?

GOBERN. Está bien. Su marido de usted va a Saigón. Esto es una advertencia muy interesante.

ELENA No crea usted que él va a querellarse contra usted. El lo que quiere...

GOBERN. El Residente general es un antiguo compañero mío de la escuela, que me quiere mucho. Le agradará infinito saber de mí, pero temo que la visita de su marido tenga desagradables consecuencias para él, puesto que va a ver al Residente sin mi permiso. *(Se levanta y oprime un botón del timbre.)*

ELENA *(Siguiendo medrosa los movimientos del Gobernador.)* ¿Qué piensa usted hacer, señor Gobernador?

GOBERN. *(Irónico.)* Quiero dar toda clase de facilidades a su esposo, quiero que sea recibido cordialmente en Saigón.

ELENA Yo le ruego a usted, señor Gobernador, que si he cometido alguna imprudencia que pueda perjudicar a mi esposo...

GOBERN. ¿Perjudicar? Nada de eso. Al contrario, usted trabaja por él. Ya ve usted la importancia que tiene la mujer en la carrera del marido. *(Entra Francisco, el Criado.)* *(Al Criado.)* Pide comunicación inmediatamente con Saigón, con el teléfono priva-

do del Residente. Comunicación urgente de noche.

FRANC. A sus órdenes, señor Gobernador.

GOBERN. Prepara el aparato de mi despacho, que subo ahora mismo. *(Mutis Criado. A Elena.)* Quiero anunciarle a mi jefe la llegada de su marido. Usted me perdonará. *(Se inclina y hace ademán de irse.)*

ELENA No se vaya usted, señor Gobernador, se lo ruego. *(Cortándole el paso.)* Víctor está desesperado por no haber ascendido, y al querer ayudarle le he perjudicado. ¡Tenga piedad de él y de mí! ¡No me pierda usted!

GOBERN. Señora, se exalta usted sin motivo. Créamelo.

ELENA No, no. Yo no soy una niña. Usted va a telefonear al Residente en plena noche.

GOBERN. Aún estará despierto. No se acuesta nunca antes de las dos de la madrugada.

ELENA No, no. Usted tiene algún pensamiento oculto. ¿Cómo podré hacerle cambiar de propósito?

GOBERN. *(Con una sonrisa glacial.)* En este momento estoy al servicio del Estado, señora, y con su permiso voy a mi despacho; dentro de media hora estaré enteramente a su disposición. *(Hace una reverencia y se va, cerrando la puerta.)*

ELENA *(Tiene un momento de desesperación, debatiéndose en indecibles zozobras, y, finalmente, se precipita hacia la puerta, gritando):* ¡Señor Gobernador! ¡Señor Gobernador! *(Vase corriendo detrás de él.)*

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

El despacho del Gobernador. Muebles en madera de ébano. Dos armarios grandes de talla con aplicaciones de bronce antiguo. Las paredes, cubiertas con preciosos tapices de china. A la derecha, una mesa. Sobre ella, un teléfono. Al foro, ventana grande cerrada. A la izquierda, puerta de salida, tapada con un cortinaje. A la derecha, otra puerta. En la izquierda, una mesita pequeña, sobre la que hay un tibor con flores y una bandeja con licor y copas.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón se oye la música de la fiesta, que suena lejanamente. La escena está a obscuras. Sobre los cristales del balcón del foro se proyecta de pronto toda la luz de una linterna sorda. Pasado medio minuto va abriéndose, lentamente, la ventana, y por ella asoma la cabeza Bakú. Poco a poco va destacándose su cuerpo y haciendo resbalar la luz de la linterna por toda la habitación para cerciorarse de que no hay nadie. Una vez que lo ha comprobado, salta al interior de la escena, dirigiéndose con paso rápido hacia la izquierda. Mira al interior de la alcoba y mueve contento la cabeza, satisfecho de que tampoco hay nadie. Luego va a la mesa del despacho y da vuelta a la llave de la lámpara eléctrica que se enciende en seguida.

Con un puñal intenta abrir uno de los cajones de la mesa, pero súbitamente se detiene, apaga la luz y, después de escuchar, se va hacia la derecha, donde se pone a oir más atentamente. En seguida se dirige a la puerta de la izquierda y se oculta en la alcoba. Un momento después entra por la derecha el criado, Francisco, el cual da vuelta al conmutador que hay al lado de la puerta y en seguida se dirige al teléfono.)

ESCENA II

FRANCISCO y luego el GOBERNADOR

FRANC. *(Llamando al teléfono. Breve pausa. Francisco coge el auricular.)* ¡Ho-la! ¡Ho-la! Quisiera anunciar una comunicación urgente. Con Saigón, sí, sí. Naturalmente, de parte del señor Gobernador. Telefoneo desde sus habitaciones particulares. Desea hablar con el señor Residente general en Saigón. Sí, eso es, sí. ¡En plena noche! Es la orden que tengo. Claro que debe ser urgente, sí. Para ahora mismo. Muchas gracias. *(Deja el receptor en su sitio y después se dirige a la ventana del fondo, y asombrándose de que esté abierta, la cierra y baja las cortinas; después se va por la puerta de la derecha. La luz queda encendida. Bakú, el tocador de biva, asoma la cabeza por entre los cortinajes y quiere huir, porque ha oído que alguien vendrá a telefonear. Rápidamente se dirige a la ventana del fondo; pero en este momento el gobernador aparece en el umbral de la puerta, y Bakú, rápidamente, se oculta en la alcoba.)*

GOBERN. *(Dentro.)* Francisco, ¿ha pedido usted la comunicación?

FRANC. Sí, excelencia. *(Sale a escena el Gobernador, seguido de Francisco.)*

GOBERN. Está bien. Vaya usted al jardín, por si quieren algo mis invitados. ¡ Ah ! Deje usted la puerta entreabierta. Y no vuelva usted hasta que yo llame... que no llamaré. Puede usted retirarse. Mañana me despierta usted a las nueve.

FRANC. Bien, señor. *(Vase derecha.)*

GOBERN. *(El Gobernador, que ha dicho estas palabras de espalda a la escena, se vuelve y va directamente hacia la mesa del despacho. Coge un cigarrillo, lo enciende nerviosamente y pasea agitado por la habitación. Molesto por la viva luz de la lámpara del techo, apaga ésta, encendiendo antes la que hay sobre el buró, la cual tiene una luz suave, pero que permite ver la escena con suficiente claridad. El Gobernador, hablando para sí y sin cesar en sus paseos.)* ¡ Qué historia tan desagradable ! ¡ Qué historia tan molesta ! ¡ Bah, será un ascenso más !

(Hace un gesto como para tranquilizarse él mismo y se sienta ante la mesa. La puerta de la derecha se abre con lentitud y entra Elena tras un momento de vacilación, pero muy exaltada. Elena queda apoyándose en la pared, junto a la puerta, que se cierra suavemente. El Gobernador, al oir el ruido, se vuelve. Gran escena muda. Elena intenta amortiguar su sofocación. El gobernador se levanta con gallardía, poniendo en sus labios una sonrisa triunfadora.)

~~ESCENA III~~

~~ELENA y el GOBERNADOR~~

GOBERN. ¡ Ah, señora ! ¡ Qué visita tan inesperada ! Acérquese usted.

ELENA Yo no quisiera más que...

GOBERN. Pero tenga usted la bondad de sentarse.

ELENA No, no, señor. Quiero irme en seguida.

GOBERN. ¿Por qué quiere usted privarme tan pronto de su encantadora compañía?

ELENA Yo quiero nada más... *(Mirando fijamente al teléfono.)*

GOBERN. *(Acercándole una butaca.)* Siéntese usted.

ELENA Mi objeto...

GOBERN. No la escucho como no tome asiento.

ELENA ¿Ha hablado usted ya con el Residente general?

GOBERN. *(Con amable sonrisa.)* No, señora.

ELENA *(Muy esperanzada.)* ¿No ha pedido usted todavía la conferencia?

GOBERN. Mis criados son fieles y puedo fiarme de ellos. Seguramente Francisco la ha pedido.

ELENA ¿Y hablará usted?

GOBERN. Estoy esperando que el teléfono suene de un momento a otro. ¿Y para preguntarme esto se obstina usted en seguir de pie?

ELENA ¡Señor Gobernador! No sea usted cruel conmigo.

GOBERN. *(Mirándola con hipócrito asombro.)* ¿Yo?

ELENA Usted sabe por lo que he venido. Tenga piedad de mí. Mi marido no quiere acusarle a usted de nada; quiere sólo que respeten sus derechos. Víctor no le nombrará a usted para nada.

GOBERN. Mi conferencia está anunciada ya, señora.

ELENA *(Mirando asustada en torno suyo.)* Usted no debe telefonear. *(Poniendo su mano sobre el brazo del Gobernador.)* No debe hablar con el señor Residente. ¿No comprende lo que eso quiere decir? Yo misma voy a ser la causa de la ruina de mi marido.

GOBERN. ¿Usted?

ELENA Yo he traicionado sus pensamientos.

GOBERN. ¿No quiere usted que hablemos de otra cosa? ¡Hay tantos asuntos mucho más divertidos que este de su esposo

ELENA Tenga usted piedad. *(Arrodillándose ante él.)* No hable usted con el Residente. No

hable con Saigón· Volvamos al jardín. Le buscarán a usted y yo quiero que hablemos. Volvamos a la terraza. Estaremos solos.

GOBERN. También estamos solos aquí. *(Levantándola del suelo y sosteniéndola por la cintura.)*

ELENA *(Cara a cara de él, con los ojos cerrados y en voz baja, como soñando.)* No se acerque. *(Ella se separa.)*

GOBERN. ¡Qué hermosa es usted!

ELENA ¿Hablará usted con Saigón?

GOBERN. *(Lentamente y explorando el efecto de sus palabras.)* Puedo decir que por un lamentable descuido de la Cancillería, uno de mis más inteligentes subordinados no fué incluído en la proposición de ascensos y que el cumplimiento de mi deber me fuerza a reparar en seguida esta falta.

ELENA ¿Lo hará usted así?

GOBERN. ¡Es posible! *(Acercándose a ella.)*

ELENA Entonces, todo está arreglado?

GOBERN. A satisfacción de usted y mía. *(Hablanblándola apasionadamente, con fuego.)* Desde hace un año estaba deseando que llegara este momento. ¿No lo había comprendido, Elena? Días enteros he pensado en usted, y con qué frialdad ha sonreído siempre a mis saludos. Usted no sabía la desesperación que esto me causaba. *(Elena calla y baja la cabeza.)* Sonría usted, señora. No esté como una víctima. Yo no quiero ningún sacrificio de usted. Quiero su amor.

ELENA ¡Ah! Eso no es posible.

GOBERN. ¿No? Está usted en poder mío.

ELENA Usted es un hombre de honor, un caballero. Ahórreme el tener que rechazar sus...

GOBERN. Está usted temblando.

ELENA *(Rechazándole.)* Es que tengo miedo de usted.

GOBERN. ¿De mí? *(Cambiando de tono.)* Vamos, serénese. No soy más que un enamorado.

(Soltándola y señalándole la butaca.) Siéntese usted, señora. *(El se sienta delante de la mesa. Pausa.)*

ELENA ¿Y ahora?

GOBERN. ¿Quiere usted hacerme el honor? *(Le ofrece una copa de coñac.)* *Ahora...* esperemos que suene el teléfono. *(Pausa.)* *(Elena, fijándose súbitamente en un puñal que sirve de cortapapel, le asalta de pronto una idea y va a cogerlo disimuladamente. El Gobernador advierte el movimiento y burlonamente sonríe, sin abandonar su actitud.)*

GOBERN. Señora, ¿le gusta ese puñal? *(Elena, cogiendo el arma, de un salto va al teléfono, pretendiendo cortar los hilos. El Gobernador se dirige a ella burlonamente.)* ¿Pretende usted cortar los hilos del teléfono? Sería un intento sin eficacia alguna. Tengo cuatro teléfonos más en la casa. *(Elena, con abatido gesto, deja caer los brazos y el puñal cae al suelo.)* Está usted fuera de sí. Está usted medio loca en el preciso momento que yo me muestro tan razonable.

ELENA Me desespera usted.

GOBERN. Yo la adoro.

ELENA No es verdad.

GOBERN. Estoy enamorado de usted. El tiempo pasa velocísimo... *(Señalando el teléfono.)* y yo no soy de aquellos que dan crédito anticipadamente.

ELENA Ya lo sé. *(Fatalista y con grandeza.)* Usted quiere un sacrificio y usted lo obtendrá.

GOBERN. *(Acercándose a ella y murmurando con una voz imprecisa.)* ¡Te quiero! ¡Te quiero! Estoy loco por tí. *(Intenta abrazarla y ella se defiende, dejando oir desesperados sollozos.)* ¡Te adoro! *(Pretende llevarla hacia la alcoba. Bakú, el tocador de biva, sale con paso cauteloso de la alcoba e intenta llegar a la puerta de la derecha; pero,*

inadvertidamente, tropieza con una mesita y se oye un pequeño ruido. Elena da un grito. El Gobernador salta hacia la puerta, y se encuentra cara a cara con Bakú. Elena se refugia en un extremo de la escena.)

GOBERN. ¿Qué intentabas hacer, canalla? ¿Qué has hecho, perro?

BAKU Yo no hacé nada, yo no hacé nada.

GOBERN. Venías a robarme, ¿eh? ¡Ah, ah! ¿Así es como pagas mis bondades? ¡Ahora verás! *(Coge un látigo que tendrá sobre la mesa y amenaza a Bakú; éste huye por la estancia, implorando.)*

BAKU No pegar, no pegar. *(Señalando con el dedo a Elena.)* Tai-tai, no tuya. La hermosa Tai-tai de otro hombre. Si tú pega yo decir. Tú hacer amor a Tai-tai. Yo decir.

GOBERN. ¿Te atreves a amenazarme? *(Sacudiéndole con violencia.)*

BAKU Yo decir. Yo decir. Tú hacer traición.

GOBERN. Ahora verás.

BAKU *(Medio llorando.)* No pegar delante de la hermosa Tai-tai.

GOBERN. Cállate, granuja. *(Golpeándole con el látigo. Bakú, esquivándole los golpes y el Gobernador insistiendo, llegan hasta la puerta de la izquierda. Cuando el Gobernador levanta el látigo para darle en la cara, Bakú salta sobre él, y estrechándole el cuello con las manos, le arroja violentamente al interior de la alcoba. Hay una breve lucha. Elena se acerca horripilada a la puerta. En su cara se trasluce lo que pasa en el interior. En el aire siniestro de Elena se advierte que el Gobernador ha sido asesinado. Se oye el ruido sordo de un cuerpo que cae desplomado. Elena, casi paralizada por el espanto, retrocede mirando fijamente delante de ella a la puerta de la derecha. En este momento Bakú asoma por la puerta de la izquierda, y con cautela felina va hacia la puerta derecha que*

cierra con llave, la cual quita y se guarda en la cintura.)

ELENA ¿Qué haces? ¿Por qué cierras?

BAKU Ah, tú no sale... yo tiene llave... tú no sale tú...

ELENA ¡Socorro!

BAKU Chit, calla, tú no grita... si tú grita, entonces yo...

ELENA ¡Oh! *(Pausa.)* Por piedad... déjame salir.

BAKU Tú no sale, tú cuenta que yo matá a gobernadó.

ELENA Yo te juro que no diré nada.

BAKU No.

ELENA Te doy joyas, dinero, mis pendientes, mis sortijas... Pero déjame salir.

BAKU Tú da ahola, después cuenta... No... no. Tú aquí.

ELENA ¿Qué pretendes entonces? Miserable, asesino. Infame.

BAKU ¡Ah, sí; así, helmosa Tai-Tai, insulta... insulta!... Insulto dulce pa mí... Insulta. ¿Tú quele pegá? *(Recogiendo el látigo, se acerca.)*

ELENA ¡Monstruo! ¡Qué horror! *(Retrocede.)*

BAKU ¿Tú quiele pegá? *(Le ofrece el látigo.)* Toma, helmosa. Tai-tai... tú pega... yo besá...

ELENA *(Le arranca el látigo y le da un latigazo.)* ¡Ah, canalla!

BAKU *(Rugiendo de lujuria.)* Ah, pega, pega más fuelte.

ELENA ¡Atrás, canalla! *(Otro fustazo.)*

BAKU Ah, Tai-tai bonita, Tai-tai, pega.

ELENA Jesús, Dios mío, Dios mío. *(Espantada, retrocede hasta la derecha y Bakú la coge.)*

BAKU Helmosa Tai-tai. Helmosa Tai-tai, yo hacerte el amor. Yo te quiero para mí... helmosa, helmosa. Gobernador muerto. Ahora yo quererte. Ven a amar a Bakú, tú pega a Bakú... ¡Bakú loco! ¡Bakú te quiere!

ELENA Suelta, miserable, suelta.

(Luchando dan la vuelta. Elena huye desprendida de él. Bakú llega a ella y ella,

cogiendo el puñal que antes había dejado sobre la mesa, se lo clava a Bakú, que retrocede herido. Queda un instante vacilante y cae desplomado. Elena, que ha corrido hasta la puerta, ve que está cerrada, y recuerda de pronto que Bakú se guardó la llave. Duda un instante, y con repugnancia y temor de Bakú, que sigue retorciéndose entre horribles convulsiones, se apodera de la llave. Bakú, extendiendo la mano, arranca un pedazo de bordado del vestido de Elena. Esta se separa de él de un salto después de apoderarse de la llave. En este momento suena el teléfono, primero lento, luego, apresurado. Elena vuelve asustada la cabeza y corre hacia la puerta, que abre, huyendo como loca. La puerta queda abierta. Bakú se incorpora con gran dificultad y pretende seguir a Elena. El teléfono vuelve a sonar y sigue sonando con rítmicos intervalos hasta que)

CAE EL TELON

ACTO TERCERO

Saloncito de entrada en casa de Crómer. Muebles de mimbre. A la izquierda, ventana, y al fondo, puerta que comunica con la calle. A la derecha, puerta que da al interior de la casa. En el centro de la escena, un baúl grande, abierto.

~~ESCENA PRIMERA~~

~~VÍCTOR, A-FUN y BEKON~~

(Al levantarse el telón, dos boys, A-Fun y Bekon, están llenando el baúl bajo las órdenes de Víctor. Sobre los muebles hay ropa, corbatas, cuellos, libros, etc. Adosado a la pared, un teléfono.)

VÍCTOR *(Con pantalón blanco y en mangas de camisa.)* Para, para, A-Fun; las camisas. *(El boy trae unas cuantas camisas, que Bekon mete en el baúl de cualquier manera.)* ¿Qué modo es ese de colocar la ropa, Bekon? *(Bekon la saca y vuelve a ponerla con cierto orden.)* A-Fun, mi frac, mi corbata blanca. *(El boy trae una corbata blanca.) (Reflexionando.)* No sé si se me olvida algo. Voy por los documentos. *(Mutis por derecha. Los boys acechan la salida de su amo, y apenas éste ha cerrado la puerta se sientan en el suelo. Pausa larga. Víctor vuelve con una gran carpeta y los boys, en cuanto le ven, se colocan de un salto al lado del baúl, reanudando su ocupación. Víctor coloca la carpeta*

en una caja especial y la cierra.) ¿Dónde está mi americana de vestir?

A-FUN. Bawa, puso americana en billar. *(Haciendo ademán de salir para traerla.)*

VICTOR Deja; yo iré por ella. Acabad de hacer el equipaje y cerrad las maletas. *(Mutis. Los boys vuelven a sentarse en el suelo. A poco vuelve Víctor con la americana blanca puesta.* ¿Está todo? Yo tengo que ir a buscar a Tai-tai. *(Los boys cierran precipitadamente el baúl y las maletas.)* Sois tan holgazanes como los criados europeos. *(Cierra con llave el baúl.)* Colocad el baúl en el portal y mañana por la mañana llamadme a las seis en punto. *(Los boys cogen el baúl y se van. La puerta queda abierta. Víctor, al quedarse sólo, mira su reloj, y en su ademán se advierte que todavía no tiene prisa. Se sienta en una butaca y hojea el libro, comprobando el tiempo en su reloj. Aparece Elena en el fondo y queda algunos momentos en absoluta impasibilidad. Hay una pausa larga antes de que Víctor la vea, y al fin advierte su presencia.*

ESCENA II

ELENA y VICTOR

VICTOR Pero Elena, ¿ya de vuelta? *(Se levanta, va hacia ella y coge su mano tiernamente.)* ¿Ha terminado ya la fiesta? ¡Qué temprano! No son más que las doce y media.

ELENA No, no sé si habrá terminado.

VICTOR *(Amenazándola burlonamente.)* La señora no se divertía... y se ha despedido a la inglesa. Eres un poco caprichosa. *(Elena cae desfallecida sobre una butaca.)* Te advierto que en el fondo me alegro mucho de no haber tenido que ir a buscarte.

ELENA ¿Has hecho ya todos tus preparativos de viaje?

VICTOR — Sí. Y además estoy acabando un borrador de mi pleito. El Residente saboreará bien a gusto cuanto le digo en mi querella. *(Mirándola.)* Pero estás pálida, Elena, muy pálida.

ELENA — *(Con una sonrisa muy forzada.)* No, no; será probablemente efecto de la luz.

VICTOR — ¿Quieres tomar alguna cosa?

ELENA — No, gracias; me encuentro bien.

VICTOR — ¡Si el Gobernador supiera que me voy por la mañana a Saigon y que pasado mañana estaré hablando con el Residente! Hoy es cuando comprendo más que nunca la razón que me asiste. Cada palabra de mi querella es una acusación razonada. Cuantas veces me acosté con el deseo de que el Gobernador fuera asesinado esa misma noche.

(Elena le mira fijamente y se apoltrona en la butaca llena de terror.)

Cualquiera de sus criados lo haría con gusto y delicia con sólo ofrecerle una copa de licor.

ELENA — *(Con un grito ronco.)* ¡Víctor!

VICTOR — *(Sonriendo.)* ¿Pero qué estoy diciendo? Es un fantasma de la noche. No hablemos de esto. No puedes figurarte lo contento que estoy. Ahora que ya he tomado mi resolución, respiro a mis anchas. Al fin, pongo mi suerte en mis propias manos. Alegrémonos. Creo que estaré de vuelta el jueves por la tarde, en el expreso de las seis. *(Pequeña pausa, durante la cual Víctor mira sonriendo a su mujer.)* ¿Pero no me dices nada? ¿No tienes que hacerme ningún encargo? ¡Voy a Saigón! ¡A Saigón! ¿No te gustaría que te trajera un chal? Hace un año, cuando estuve en la Conferencia, ví uno precioso de cuento de hadas. Dos metros de ancho por tres de largo y podía pasar por una sortija, tan fino era el tisú. ¿Quieres uno como ése? ¿Quiéres otra cosa? *(Víctor coge la mano de Elena.)* Estás temblando. ¿No te en-

cuentras bien? *(Tocándola en la frente.)* Elena, estás enferma. Tienes fiebre.

ELENA — No, no.

VICTOR — Ya sabes que aquí no puede echarse a broma la fiebre. Toma quinina y acuéstate en seguida. Voy a buscártela. *(Mutis. Elena se queda sentada, con la cara fija en el público, pero con la mirada perdida. Vuelve Víctor con un bote y echa agua en un vaso.)*

ELENA — Pero Víctor, si no estoy enferma.

VICTOR — ¿Vas a negarme lo que estoy viendo?

ELENA — *(Levantándose.)* Te repito que estoy bien. *(Se oye muy lejano el ronco sonido de una sirena.)* ¡Ah!, ¿oyes?

VICTOR — ¿Qué pasa?

ELENA — ¿No oyes el gon del Gobierno

VICTOR — ¿La señal de alarma? Quita, mujer, no oigo nada; tú deliras. Pero criatura, estás excitadísima.

ELENA — Es muy natural. Tú te vas mañana. ¡Quién sabe si tendrás buen éxito en lo que persigues! Me dejas aquí sola... Llévame contigo.

VICTOR — ¿Crees que no he pensado en ello? Tenerte a mi lado como a una mascota. ¡Pero es tan costoso el viaje!

ELENA — *(Abrazándole con violencia.)* No me dejes sola, Víctor. Yo aquí tengo miedo, mucho miedo.

VICTOR — Qué cosa tan rara. ¿Miedo tú, que eres tan valerosa? Decidamente, a tí te ocurre algo. Elena, vete a descansar.

ELENA — No, a dormir, no; ahora no podría .. *(Se oye muy fuerte y prolongado el sonido de la sirena.)*

VICTOR — ¿Eh? Tenías razón, sí. El gon. ¡La señal de alarma! ¡Acaba de ocurrir una desgracia! Seguramente es un crimen contra algún europeo. *(Llama en el teléfono.)* De prisa, con la Prefectura. *(A Elena.)* Debe de haber sido una cosa horrible para que el Jefe de Policía alarme así a todo el pue-

blo. *(En el teléfono.)* ¿Es usted, señor Laroche? Yo, el juez de instrucción, Víctor Crómer. ¿Cómo? ¿El Gobernador?... ¿En medio de la fiesta?... ¿En su mismo despacho? ¿Y ha capturado usted al asesino? ¿Y vive? ¿Pero es posible? ¿Que lo traen aquí?... ¿Para que lo interrogue? Bien, bien espero... Está bien. Hasta ahora. ¡Figúrate, Elena! ¡El Gobernador ha sido asesinado! ¡En plena fiesta! Y ha sido capturado el asesino. Me lo traen para que lo interrogue.

ELENA ¿Aquí? ¿Va a venir aquí?

VICTOR Sí; tú acuéstate. Es posible que yo tenga que trabaja hasta la madrugada. En estas condiciones, no puedo ir a Saigon. Y hasta es posible que ya no tenga necesidad de ir. *(Besándola en la frente.)* Anda, anda, acuéstate, amor mío. *(Mutis con Elena, que desesperada va lentamente hacia la derecha. Algunos instantes la escena queda sola.)*

ESCENA III

VICTOR, el Comisario LAROCHE; luego LAVERÑE y el doctor MADIN y BAKU

LAROCHE. Señor juez de Instrucción, buenas noches. Traemos al asesino.

VICTOR ¿Dónde está?

LAROCHE. En el jardín. El hombre se halla muy débil por la pérdida de sangre que ha tenido. Yo no he querido interrogarle, pero he visto el lugar del suceso y he tratado de reconstruir en lo posible el hecho. Cuando usted haya interrogado al herido, le informaré a usted. Ruego a usted que lo interrogue inmediatamente.

VICTOR ¿En el mismo jardín?

LAROCHE. Claro. Cuanto antes pueda ser, señor juez.

VICTOR Pues subidle aquí. *(Mutis Laroche. (Entran Laverñe y el Doctor Madin.)*

LAROCHE. ¿Qué ha sido? ¿Cómo ha sido?

DOCTOR Un crimen por robo, señor juez.

LAVERÑE Querido Crómer, horrible, horrible. Oímos el timbre del teléfono, que no cesaba, en el pabellón del gobernador. Y cuando subimos encontramos al Gobernador apuñalado en su alcoba y a Bakú, el tocador de biva, con otra puñalada en el pecho y tumbado encima de la chaiss-longue, sobre la cual parece que había subido arrastras.

VICTOR ¿Con una puñalada en el pecho?

LAVERÑE Eso es.

VICTOR ¿Y hay señales de robo, falta algo?

LAVERÑE No, y es extraño. No falta nada.

DOCTOR Pero es un robo, no hay duda.

VICTOR ¿Le ha registrado usted los bolsillos?

LAVERÑE Sí; estaban absolutamente vacíos.

VICTOR Enonces el ladrón fué sorprendido por el Gobernador.

LAVERÑE Probablemente.

VICTOR Me ha dicho usted que había sonado el teléfono. ¿Quién fué al aparato?

LAVERÑE Yo mismo. El Residente general se había hecho anunciar. Francisco, el ayuda de cámara del Gobernador, ha declarado que él había solicitado la comunicación.

VICTOR Luego el suceso ha ocurrido durante el tiempo en que el Gobernador había llamado por teléfono y esperaba la contestación. *(Meditativo.)* Esto parece obedecer a que el asesino tuviera determinado interés en que la conferencia telefónica no se celebrara.

LAVERÑE El hecho está clarísimo en la casa no había nadie. Su criado estaba en el jardín. Bakú, que lo sabe, aprovecha la ocasión para entrar a robar, y sorprendido por el Gobernador, le mata. Todo es lógico y claro. Me parece que las pruebas son bien convincentes. Pero, a pesar de ello, este

hombre nos cuenta una historia extraordinaria.

VICTOR ¿Qué es lo que cuenta?

LAVERÑE Dice que una tercera persona estaba en el despacho, una mujer.

VICTOR Vamos a ponerlo en claro. *(Entran a Baku, sentado en una butaca.)* Doctor, ¿cómo está el herido? ¿Se le puede interrogar?

DOCTOR Puede usted hablar con él, señor juez, pero no mucho tiempo.

VICTOR *(Indicando que incorporen al herido. Bakú mira curiosamente a su alrededor.)* ¿Estabas tú esta noche en la fiesta?

BAKU Sí.

VICTOR Tú tocabas y bailabas ante los invitados?

BAKU Sí.

VICTOR Tú sabías que en la casa no había nadie y entraste por el balcón?

BAKU *(Después de una pausa.)* Sí.

VICTOR Dí la verdad de todo, será mejor para tí. ¿Vas a decir toda la verdad?

BAKU Sí.

VICTOR ¿Te sorprendió el Gobernador robando y entonces tú le mataste de una puñalada?

BAKU No.

VICTOR ¿No? ¿Te atreves a decir que no? El Gobernador ha sido asesinado, ¿quién le asesinó?

BAKU ¡Mujer!

VICTOR ¡Ah! ¡Una mujer! ¿Quieres que creamos eso? ¿Y cómo era esa mujer?

BAKU Mujer blanca.

VICTOR ¿Y de dónde vino esa mujer?

BAKU ¡No sabe, no sabe!

VICTOR Eso sí que te lo creo.

BAKU Yo tener prueba.

(Bakú saca de su cintura el pedazo de encaje que arrebató a Elena. Laverñé y Víctor se acercan.)

LAVERÑE *(Cogiendo el encaje.)* Este es un pedazo de bordado auténtico.

VICTOR ¿Cómo está en tu poder ese bordado?

BAKU Arrancado mujer blanca, mujer blanca.

LAVERÑE En efecto, es una cosa muy significativa.

VICTOR ¡Quién sabe dónde lo habrá robado?

BAKU No robar, no. Yo arrancar vestido mujer blanca.

VICTOR ¡No mientas más! Tú estás herido y fué el Gobernador quien te hirió al defenderse. Cuenta cómo pasó.

BAKU No, gobernador, no; mujer blanca me ha dado cuchillada.

VICTOR No está mal. *(A Laverñe.)* Esta mujer debe ser una fiera. Primero ha matado al Gobernador y después aún tuvo arrestos para herir a este inocente corderillo.

DOCTOR Permítame usted que haga una indicación, señor juez.

VICTOR La atiendo con mucho gusto, señor Doctor.

DOCTOR Lo que dice este hombre no me parece del todo inverosímil. *(Víctor le mira sorprendido.)* El tiene una puñalada. La herida no es peligrosa, pero sí profunda. Con esta puñalada en el pecho, este desdichado no ha podido matar. Si él es el asesino, él fué herido después de la muerte del Gobernador. Este no pudo apuñalarle. Yo creo que existe una tercera persona.

VICTOR *(Meditando.)* En efecto, pudo haber una tercera persona en el despacho. Pero esta persona, ¿quién puede ser?

DOCTOR *(Encogiéndose de hombros.)* ¿Quién?

LAROCHE. Yo hablaré luego con ustedes, señor Crómer.

LAVERÑE Realmente, es un enigma. *(Bakú se desvanece.)*

DOCTOR Señores: el herido no puede seguir el interrogatorio.

VICTOR Pues bien, Doctor; tenga usted la bondad de disponer que instalen al herido en la enfermería de la prisión.

DOCTOR A sus órdenes. *(Hace indicación a los mozos para que se lleven al herido, siguiéndole el médico.)*

ESCENA IV

VICTOR, LAVERÑE y LAROCHE

LAROCHE. Y ahora, señor juez, después de haber tomado taquigráficamente la declaración de Bakú, que me permito poner a su disposición para que sirva en la formación del proceso, ruego a usted que escuche mi opinión personal, basada en mi inspección ocular y en las deducciones propias de mi oficio.

VICTOR Muy bien, muy bien.

LAROCHE. El señor Laverñe, aquí presente, es también estenógrafo, puede tomar mi declaración.

LAVERÑE Con mucho gusto.

VICTOR No hace falta; oiré sus palabras a título de información; a su tiempo, después, declarará usted.

LAROCHE. Pues bien, señor juez; me importa afirmar qu considero a Bakú el único asesino del Gobernador.

VICTOR ¿No cree usted en la intervención de una mujer?

LAROCHE. La niego rotunda y definitivamente. Usted mismo ha reconocido hace poco que en esa mujer, en el caso de que hubiera existido, habría que suponer una fuerza extraordinaria para matar a un hombre y herir a otro...

VICTOR En efecto, eso dije; y me ratifico, puesto que con un puñal y contra dos hombres desarmados puede proceder con éxito hasa un niño.

LAROCHE. Advierto al señor juez que el señor Gobernador no ha muerto herido por arma blanca.

VICTOR Ah, entonces...

LAROCHE. Además, en la habitación se ha encontrado un látigo, propiedad del señor Gober-

nador, y Bakú tiene en la cara y en los hombros huellas de los latigazos, lo que demuestra que hubo lucha.

LAVERÑÉ. Eso está claro.

VICTOR. Un momento, Laverñé. *(A Laroche.)* ¿Pero cómo explica usted el pedazo de bordado femenino que exhibe Bakú?

LAROCHE. Oh, señor. Todos sabemos qué clase de pájaro es Bakú. Es un ladrón; pudo robarlo en el jardín a una señora cualquiera y exhibirlo ahora para despistar a la justicia. No ha habido allí ninguna mujer; una mujer no puede estrangular.

VICTOR. ¡No puede, no puede! Según la fuerza de la mujer. En un momento de exaltación, de ira, los nervios dan mucha fuerza; ha podido echarle los brazos al cuello al Gobernador y...

LAROCHE. Sí, señor; pero, en ese caso, las huellas que hubieran quedado en el cuello postizo del señor Gobernador, hubieran sido huellas de dedos femeninos, y éstos, señor juez *(Sacando del bolsillo un cuello de camisa que exhibe.)*, son dedos de hombre.

VICTOR. ¿Este cuello es del Gobernador?

LAROCHE. Sí, señor; yo tuve buen cuidado de recogerlo y se lo ofrezco a usted como pieza del proceso.

VICTOR. Bien, bien. Pero, querido señor Laroche, ¿cómo explica usted la herida de Bakú? ¿Quién hirió a Bakú, puesto que éste, en el estado en que está, no ha podido estrangular a nadie? ¿Es que el Gobernador hirió a Bakú después de muerto? *(Laverñé se ríe.)*

LAROCHE. Fué todo simultáneo, señores; no se rían ustedes; en la lucha, mientras Bakú estrangulaba al Gobernador, éste le hería, y por eso, porque murió estrangulado mientras hería, la herida del indochino no ha sido mortal. Yo le aseguro al señor juez

que no ha habido ninguna mujer. Suponerlo sólo, es un disparate.

VICTOR Pero como a mí no me basta la seguridad de usted, le suplico que se abstenga de juzgar las opiniones ajenas.

LAROCHE. A mí me importa que no se hable de mujeres, porque esto mancha la memoria del señor Gobernador. El señor Gobernador era una persona honorable.

VICTOR A mí no me importa el honor del señor Gobernador, ni su memoria, sino el esclarecimiento de los hechos, y si ha habido mujer, saldrá y si ha de mancharse la memoria del Gobernador, se manchará, y usted me hace el favor de no extralimitarse en el uso de sus funciones.

LAROCHE. Como el señor juez disponga.

VICTOR Puede usted retirarse.

LAROCHE. Beso a usted la mano. Buenas noches, señor Laverñé. *(Mutis Laroche.)*

VICTOR Este hombre tiene demasiado interés en negar la participación de una mujer, y precisamente porque tiene interés empiezo yo a creer en ella, y si hay una mujer, parecerá. Casi estoy por asegurar que la hay.

LAVERÑE Tenga usted cuidado, amigo Víctor; esto no es una cosa para juzgarla por caprichos.

VICTOR Yo no ignoro, como no ignora nadie, que para este gobernador la cuestión de los ascensos fué siempre una cuestión de faldas.

LAVERÑE ¿Usted se figura que este asesinato tiene alguna relación con los ascensos

VICTOR *(Muy orgulloso.)* Amigo Laverñé; ahora lo veo todo bien claro. Ya sé por qué ninguno de los dos hemos ascendido. Usted, porque es soltero, y yo porque tengo una mujer honrada.

LAVERÑE Sí señor.

VICTOR Este sistema debe abolirse; hay que aplastar la corruptela. Este procedimiento puede que no haya muerto con el muerto.

LAVERÑE Sí, es verdad... ¿Pero qué podemos hacer

nosotros? Compréndalo usted; la cosa es muy...

VICTOR — Nosotros debemos encontrar la mujer que ha presenciado la muerte del Gobernador, como cómplice o como testigo. Este será el mejor ejemplo. Esta mujer debe servir de siniestra lección para las demás mujeres de todas las colonias y de todos los tiempos. Lo importante de este asesinato está en las circunstancias que lo han provocado.

LAVERÑE — Es una penosa historia, muy penosa. ¿Cómo vamos a observar la conducta de las mujeres de los funcionarios? No se les debe detener ni preguntarles nada. Podría costarnos nuestra posición.

VICTOR — Nosotros tenemos que cumplir con nuestro deber, que es ciertamente muy penoso; pero lo cumpliremos. Naturalmente que hay que guardar las formas todo lo posible. Tengo una idea que nos puede dar la solución. Mi mujer da un the todas las semanas, al que asisten, como usted sabe, todas las señoras de todos los funcionarios.

LAVERÑE — *(Nervioso.)* Supongo que no se le ocurrirá a usted interrogarles.

VICTOR — *(Reflexionando.)* Claro que no; mi mujer no sabrá nada, porque además no consentiría que en nuestra casa yo actuase de juez. Se me ocurre algo mejor. Dentro de unos días, el annamnita ya estará restablecido y puede que trayéndole aquí...

ESCENA V

DICHOS y ELENA

(Elena entra vestida con una bata y viene muy abatida y triste. Laverñé la saluda con una inclinación de cabeza.)

VICTOR — ¿No te has acostado todavía?

ELENA — No puedo dormir.

VICTOR — Lo creo. *(Pausa.)* Elena, el crimen es mucho más complicado de lo que creíamos. Hay una mujer comprometida.

ELENA — *(Sin aliento.)* ¿Una mujer?

LAVERÑE — Sí, señora; una dama de nuestra sociedad. Y probablemente ella es la autora del crimen, o por lo menos, cómplice.

VICTOR — Y diga usted, Laverñé, ¿cuál es la razón que suponemos ha inducido a esa mujer misteriosa a matar al Gobernador?

ELENA — ¡No!

LAVERÑE — Muy sencillo. El Gobernador prometió a esa dama el ascenso de su marido, algún traslado beneficioso, que después no cumplió, y ella, en venganza, le ha matado.

VICTOR — Siento mucho, Elena, que tengamos que hablar de cosas tan desagradables delante de tí. ¡Quién sabe si esa desgraciada será alguna amiga tuya!... Por difícil que sea, yo no descansaré hasta encontrarla. *(Elena da un grito ahogado y se desmaya.)* *(Corriendo hacia ella.)* ¡Elena!... Laverñé, un poco de agua; de prisa. *(Laverñé mira a Elena fijamente como asaltado por una idea súbita; después va a buscar el agua.)* En toda la noche no se ha encontrado bien; yo creo que tiene un ataque de fiebre tropical.

LAVERÑE — ¿De fiebre?

VICTOR — *(Ocupado en atender a Elena.)* Habrá que avisar en seguida al médico. La fiebre asusta tanto...

LAVERÑE — *(Con intención encubierta.)* Sí, sí; el aire de las colonias es tan malsano...

VICTOR — Elena, Elena... Ya reacciona. Llame, por favor, Laverñé, llame al médico... Elena, Elena, ¿qué es eso, qué tienes? *(Elena solloza entre los quejidos ahogados de un ataque de nervios.)*

TELON



ACTO CUARTO

Saloncito de estilo japonés, en casa de Víctor. En el centro y el fondo, gran puerta que da acceso a una especie de logia, La puerta está cubierta por una espesa cortina de bambú. En la logia se hallan los invitados tomando el the. A la izquierda, puerta que conduce a las habitaciones interiores. A la derecha, otra puerta. Hay un gong.

~~ESCENA PRIMERA~~

~~*ELENA, HORTENSIA, A-FUN y BEKON*~~

(Al levantarse el telón, A-Fun y Bekon están a ambos lados de la puerta del foro·)

HORTEN. *(Viniendo desde la logia y acercándose a un criado.)* A-Fun, ¿dónde está la señora de la casa?

A-FUN. Tai-tai enferma.

BAKU Tai-tai en la cama.

HORTEN. ¿Cómo ¿La señora está enferma? No sabía nada. ¿Qué tiene? No tendrá importancia.

A-FUN. Cuando Bawa ha ido al Tribunal, Tai-tai se ha metido en la cama.

HORTEN. Pregunta a tu Tai-tai si puedo verla. ¡Ah, aquí está ya! *(Sale Elena por la izquierda. A-Fun y Bekon hacen mutis por la derecha.)* Elena, temía que realmente estuvieras enferma.

ELENA (*Con una apagada sonrisa.*) Sí; tengo una depresión nerviosa; pero tengo también que atender a mis invitados.

HORTEN. Vaya por Dios. No es extraño, después de tantas emociones. Tú has tomado muy en serio la muerte del Gobernador. Después de todo, ¿tú que tienes que ver?

ELENA (*Dirigiendo una furtiva mirada á Hortensia.*) Es verdad. Apenas le conocía.

HORTEN. Claro, te faltó la ocasión.

ELENA (*Repentinamente.*) ¿Habrá dicho el asesino la verdad?

HORTEN. ¡Ni pensarlo. En estos ocho días no ha dicho nada nuevo. Siempre está con la misma cantinela, que es una mujer la que ha cometido el asesinato.

ELENA ¿Una mujer? Eso es absurdo. ¡Cómo si una mujer pudiera matar al Gobernador!

HORTEN. Eso es lo que yo digo también. Pero mi marido insiste en que había una mujer en el despacho. A mí lo único que se me ocurre pensar es que si esta mujer tiene su conciencia tranquila, ¿por qué no habla? No te quepa duda, Elena; aquí hay algo que interesa mucho ocultar.

ELENA ¡Realmente es muy extraño!

HORTEN. Yo estoy contentísima, porque durante la fiesta, Carús no se separó de mi lado. De no ser así, puede que sobre mí hubieran recaído sospechas; pero de ese modo... (*Riendo.*) soy completamente ajena al suceso. Dicen que es una dama de nuestra sociedad.

ELENA Sí. Eso dicen. (*Se levanta y mira hacia la logia.*)

HORTEN. Horroriza pensar que pueda estar entre nosotras la autora del crimen. (*Temblorosa.*) ¿Cuál podrá ser? La Ferier tiene los ojos sombríos. Quizá la señora de Berry El otro día la ví pegando a su perro. Una mujer así es capaz de todo.

ELENA No seas mal pensada. (*Levantándose desesperada.*) En fin, es preciso que vaya a

saludar a mis visitas. Vamos, vamos. (*Las dos entran en la logia.*)

~~ESCENA II~~

~~*LAVERÑE, ELENA, A-FUN, y al final HORTENSIA*~~

(*Laverñé entra por la derecha, precedido de A-Fun, que camina muy de prisa delante de él.*)

A-FUN. Tai-tai, dar the esta tarde a convidados. Señor, puede pasar.

LAVERÑE Pues ve corriendo a decirle a tu Tai-tai que venga a este saloncito, porque tengo necesidad de hablarle.

A-FUN. Sí, sí. (*Entra en la logia. Mientras Laverñé pasea por el saloncito.*)

ELENA (*Entrando.*) ¿Deseaba usted hablarme, amigo Laverñé?

LAVERÑE Mis saludos, señora, antes que nada.

ELENA ¿Por qué no ha pasado usted donde están mis amigos? La señora de Perier va a leer unos versos ahora mismo.

LAVERÑE Ahora mismo también deseaba yo hablar con su esposo de usted.

ELENA Mi marido está en el Tribunal; pero vendrá pronto. Si quiere usted esperarle, acompañándonos hasta que vuelva... (*Indicándole que pase.*)

LAVERÑE Sí, sí, la compañía de ustedes me sería muy agradable; pero estoy en unos momentos de una trascendencia...

ELENA (*Mirándole.*) ¡Qué solemnidad da usted a sus palabras!

LAVERÑE Hay ocasiones en que uno renegaría muy a gusto de su profesión...

ELENA ¿Y usted habla así, Laverñé, usted, que siempre es esclavo de su deber?

LAVERÑE (*Mirándola intensamente.*) Es un deber duro, señora, un deber difícil.

ELENA ¿Va usted a actuar como abogado fiscal en este proceso?

LAVERÑE Sí, señora. Tengo ya hechas muy curiosas indagaciones acerca del particular; tengo datos concretos.

ELENA ¿Datos concretos?

LAVERÑE Sí, señora.

ELENA ¿Y usted cree que el annamnita es inocente?

LAVERÑE No sé si usted sabrá, que en manos de ese annamnita se ha encontrado un pedazo de bordado y el hombre sostiene que lo arrancó del vestido de la señora que mató al Gobernador.

ELENA ¿Y usted cree eso?

LAVERÑE Está absolutamente probado que hubo una mujer en el despacho.

ELENA ¿Por qué?

LAVERÑE Se han encontrado sobre la alfombra huellas de barro...

ELENA ¿De un zapato de mujer?

LAVERÑE Eso es poco; yo he encontrado algo más.

ELENA Caramba, es usted un verdadero detective.

LAVERÑE Es mi deber, y debo decir la verdad.

ELENA ¿Y qué es lo que usted ha encontrado?

LAVERÑE La tienda donde se compró el bordado.

ELENA ¡Ah!

LAVERÑE Es la casa Montion Hermanos.

ELENA Todas las señoras compramos allí.

LAVERÑE Todas las señoras compran allí, pero sólo dos han comprado de ese bordado. Una de ellas partió para Europa hace seis semanas.

ELENA ¿Y la otra?

LAVERÑE *(Mirándola fijamente.)* La otra está aquí.

ELENA ¿Y sabe usted cómo se llama?

LAVERÑE Sí, señora.

ELENA ¿Y por qué no hace usted que la detengan?

LAVERÑE *(Mirándola fijamente a los ojos.)* Porque se deben tener ciertos miramientos.

ELENA ¿Con la señora?

LAVERÑE Con ella, no.

ELENA ¿Con quién entonces?

LAVERÑE Con uno mismo. Debe obrarse con toda cautela para evitar un escándalo que re-

dundaría en daño del prestigio de la justicia, de la patria. Estamos en una colonia y hay que cuidar el prestigio de la raza blanca.

ELENA ¿Qué espera usted entonces?

LAVERÑE ¿Es preciso que yo lo diga?

ELENA No le entiendo; hable usted más claramente.

LAVERÑE *(Con emoción y grandeza, en voz baja.)* Espero que esa señora sepa hacerse justicia por su propia mano. Ya no tiene remedio. El desprestigio sería para todos... *(Elena se siente acometida por un temblor escalofriante. Pausa, pasada la cual hace mutis por el foro. Víctor y Carús viene por la derecha.)*

~~ESCENA IV~~

~~*VICTOR, CARUS y LAVERÑE*~~

LAVERÑE Amigo Víctor. Le repito a usted que está en camino de cometer una falta. Usted desea encontrar a la dama misteriosa, lo que me parece muy bien; pero el remedio para lograrlo está muy mal escogido. El annamnita espera, ¡pero reflexione usted lo que puede ocurrir cuando ese hombre entre y vea a la culpable! Será un escándalo sin precedentes. ¿Qué va usted a conseguir con lo que se propone? Comprometernos, comprometer a la esposa de un funcionario, sin que por esto el Gobernador resucite. Querido Víctor, no haga usted eso. Asuntos tan penosos, lo mejor es ocultarlos.

VICTOR Eso es lo que yo no haré nunca. Yo voy por el camino recto que mi deber me impone. Soy juez de instrucción. Daré con los culpables. Y si una mujer está mezclada en este crimen, sea ella quien sea, yo la encontraré, y será castigada.

LAVERÑE ¿Y si fuera su mujer de usted?

VICTOR (*Riendo incrédulamente.*) ¿Y si fuera mi mujer? ¿Qué dices a esto, Carús?

CARUS (*A Víctor.*) Tú tienes razón. (*A Laverñé.*) Y usted también tiene razón. Los dos tienen ustedes razón.

LAVERÑE ¿Está usted conforme (*A Carús.*) con esta diligencia de reconocimiento?

CARUS Efectivamente, puede ser una vergüenza para los europeos; pero eso a mí me es igual. Lo triste es que una señora sea acusada de criminal, y de eso yo no me consolaría nunca. Por lo que padecería el honor del bello sexo, naturalmente.

VICTOR ¿Y tu mandato? Tú eres el defensor del annamnita.

CARUS Te diré, con franqueza, que no creo en la eficacia de confrontación; pero, a pesar de eso, me inclino delante de la austera sabiduría del señor juez que lleva la instrucción del proceso.

LAVERÑE Ayúdeme usted, amigo Carús, a quitarle esa idea de la cabeza. Que espere por lo menos hasta mañana.

VICTOR ¿Y qué vamos a conseguir con esa dilación?

LAVERÑE Todo.

VICTOR No comprendo qué es lo que puede cambiar de hoy a mañana.

LAVERÑE No puedo decírselo a usted.

CARUS ¡Ah! ¿Ese es el secreto profesional de la acusación?

LAVERÑE Es posible.

VICTOR No puedo complacerle. Todas las señoras de la colonia están aquí. mi mujer ha querido aplazar esta reunión y se comprende, por causa del duelo; pero yo hice todo lo posible por evitarlo. Elena cree que sus amistades han venido para despedir a los Lacombe, que se van mañana. A mi mujer le molestaría mucho saber que trabaja por el triunfo de la justicia; pero no he podido encontrar mejor ocasión para mis planes.

LAVERÑE — Una vez más le ruego que desista de ello.

VICTOR — No le comprendo.

LAVERÑE — Puede usted tener una sorpresa.

VICTOR — Así lo espero, y nada más agradable para mí.

LAVERÑE — Entonces, declino toda la responsabilidad.

VICTOR — Yo la hago recaer toda sobre mí.

LAVERÑE — Deseo que no se mezcle mi nombre en nada de cuanto suceda.

VICTOR — Puede usted estar tranquilo.

LAVERÑE — Ya se arrepentirá usted. Hasta otro día, señor fiscal. *(Mutis por la derecha.)*

VICTOR — Gracias a Dios que se fué. Este hombre siempre tiene miedo de sus jefes.

CARUS — Te participo que todavía no veo clara la técnica de tus pruebas. ¿Eh? ¿Vas a presentar las señoras a ese desgraciado?

VICTOR — Vas a verlo ahora mismo. *(Abre la puerta de la derecha y hace una señal. Dos agentes entran conduciendo a Bakú.)* Quitadle las esposas. *(Los agentes se las quitan, y a una indicación de Víctor se van.)*

ESCENA V

DICHOS, BAKU. Después HORTENSIA Y ELENA

VICTOR — Bakú, tú dijiste que cometió el crimen una señora de la alta sociedad. Fíjate bien; todas las mujeres blancas están reunidas ahí dentro. Acércate conmigo y señálame cuál de ellas es.
(Permanece impasible.)

VICTOR — Obedece. *(Bakú va hacia la puerta del foro. Víctor levanta un poco la cortina y Bakú mira con mucha curiosidad.)* ¿Ves bien desde aquí a todas las señoras?

BAKU — Sí, ver a todas.

VICTOR — *(Mirando también y después de una pausa.)* Dime cuál es.

BAKU — Yo creo que no está.

VICTOR No creas nada: mira.

BAKU No estar.

VICTOR Mientes.

BAKU No, señor. Yo no miente, yo no miente...

CARUS Mira bien. Te va en ello la cabeza. Si la reconoces, puedes salvarte.

BAKU No está, no está, no está.

VICTOR Ya sabe él por qué no la ve. En el momento que esa señora le viera, se acabarían todas sus mentiras.

CARUS ¿Das ya por terminada tu prueba, Víctor?

VICTOR No; estoy empezando. Como había supuesto que todo esto podría ser una maniobra de Bakú, por si éste ha tenido la suficiente serenidad para no traicionarse, ella, en cambio, no la tendrá cuando le vea.

CARUS Pero es que intentas...

VICTOR Será mi último triunfo. Que vengan todas aquí; pero tengo que prevenir a Elena, que ella las traiga. *(Llamando.)* Elena. *(A Carús.)* Mi mujer las traerá con un pretexto cualquiera, y éste tendrá que confesar sus mentiras...

ELENA ¿Me llamabas, Víctor?... *(Al ver a Baku, lanza un grito):* ¡Oh!... ¡¡Qué horror!! *(Mira a Baku espantada y cae sobre una butaca.)*

CARUS ¡Señora... Elena!

VICTOR ¡Elena! ¡Tú! *(Elena calla, pero yergue la cabeza.)* ¡Elena! ¡Tú! Ven aquí... Ven te digo... *(La lleva a Bakú.)* ¿Conoces a esta mujer?

BAKU Yo conocer señora. Es la que asesinó.

ELENA Mientes, mientes, mientes. *(Dando un salto hacia él.)*

CARUS Víctor, Elena, por Dios.

ELENA ¿No fuiste tú quien salió de una habitación que había contigua al despacho del Gobernador? ¿No le saltaste tú al cuello? Y en el cuarto de al lado, ¿no fuiste tú quien le asesinaste? Yo lo ví. Luego viniste hacia mí, perro; cerraste la puerta y te acercaste diciéndome: «Ahora yo querer

para mí mujer blanca.» Por suerte mía, el puñal estaba en el suelo. Si no es por eso...

VICTOR ¡Qué horror, qué horror! *(Cae aniquilado, llorando, en una butaca.)*

CARUS Tranquilícese, señora. Estamos convencidos de su inocencia. Solamente tiene usted que hacer el favor de explicarnos por qué estaba usted en el despacho.

ELENA Estaba en el despacho porque usted me lo aconsejó.

CARUS ¿Yo, señora?

ELENA Usted me dijo lo que yo debía hacer. Mostrarme amable con el Gobernador para que mi marido hiciera carrera. Fuí tan inconsciente, que, traicionándome a mí misma, revelé al Gobernador que mi marido se proponía ir a Saigón para ver al Residente. Él entró en su despacho para telefonear, y yo, medio loca, le seguí.

VICTOR ¿Entonces?

ELENA Entonces el Gobernador me galanteó.

VICTOR *(Con espanto.)* ¿Qué dices?

ELENA Pero la muerte impidió sus propósitos.

BAKU Mentira, mentira, no eso. Yo ver cómo mujer matar al Gobernador.

CARUS Calla; sabemos perfectamente que tú eres el asesino. He querido saber solamente qué papel ha representado esta señora en el asunto y ya lo sabemos. Muchas gracias, señora. Ha procedido usted como una heroína. Víctor, tranquilízate, por favor. Supongo que ahora desearéis quedaros solos. Yo me encargo de este hombre. Ahora verás.

BAKU Ella, ella mató; hermosa Tai-tai mató... Yo no, yo no... Miente, miente.

CARUS Amordazadle si es preciso. ¡Que calle! ¡Que calle! *(Va a la puerta, hace una indicación para que entren los agentes, que entran y se llevan a Bakú. (Mutis Bakú, Carús y agentes.)*

ESCENA VI

ELENA y VICTOR

ELENA — Víctor. *(Este no responde.)* Víctor. ¿No comprendes lo que he hecho?

VICTOR — No.

ELENA — ¿Que no lo comprendes *(Víctor sigue callado.)* ¿No comprendes mis razones? *(Sigue silencioso.)* Yo he visto, y tú mismo me lo has dicho, que aquí te morías. El sempiterno temor de tu porvenir te puso enfermo, te volvió atrabiliario. Día y noche he pensado cómo podría darte ánimos. En la fiesta del Gobernador, Carús me hizo ver perfectamente clara toda la situación. No era por culpa tuya lo que sucedía, era por mi culpa. Yo sé lo que Hortensia Lacombe ha hecho por egoísmo, y yo me pregunté si no debía hacer igual por tu amor. Soy yo, pensaba, la que puedes ayudarle, hazlo, hazlo, me decía una voz interior... y lo intenté.

VICTOR — ¿Lo intentaste?

ELENA — Sí, por tu amor.

VICTOR — Una mujer que quiere y respeta de verdad a su marido, no hace eso.

ELENA — ¿Tú crees que una mujer como yo pudiera haberlo hecho por otras razones? ¿Puedes creer eso? Yo lo hacía por tí; yo sólo pensaba en tí, en tu ascenso, en tu carrera, en tu tristeza... No, Víctor mío, no... *(Va hacia él y le coge las manos.)* ¿Lo crees?

VICTOR — ¿Pero y si tu plan hubiese tenido éxito?

ELENA — Pues hubiera logrado interesar al Gobernador en tu porvenir y él habría pedido tu ascenso. Entonces tú hubieras estado contento de mí y serías dichoso.

VICTOR — ¿Y tú habrías vivido a mi lado haciéndome creer, que mi ascenso se debía exclu-

sivamente a mis méritos? ¿Hubieras podido vivir a mi lado como si no tuvieras nada de que avergonzarte?

ELENA No lo sé ni he pensado en ello. Sólo he pensado en tu felicidad. Se trataba de tí, no de mi. *(Pausa..)* Y ahora, una vez más, Víctor, ¿crees que todo lo hice por tu amor?

VICTOR ¿Y si la muerte no se hubiera interpuesto?...

ELENA *(Con grandeza.)* Yo lo hubiera afrontado todo.

VICTOR ¿Y lo dices con esa gallardía?

ELENA ¿Tú no lo comprendes? Entonces en diez años que llevamos de casados no has sabido ver el fondo de mi alma. Pura, limpia, sin mancha, hubiera quedado siempre, Víctor. Hubiera hecho por tu amor y por tu felicidad el sacrificio de mi pudor, hubiera soportado... *(Rompe a llorar.)*

VICTOR Calla, calla, es monstruoso...

ELENA ¿Pero no comprendes? ¿No comprendes?...

VICTOR *(Contrito.)* Lo comprende mi inteligencia, pero todo mi amor propio, todo lo que hay de hombre en mí, se rebela ante el pensamiento de que tú hubieras podido dar un beso a otro hombre..

ELENA Hay que pensar con más grandeza de alma. ¿Crees tú que yo no moriría por tí, si preciso fuera?

VICTOR Sí, lo creo.

ELENA Pues si muriendo por tí, sería ante tus ojos una heroína, ¿por qué ahora no hubiera podido...

VICTOR Elena.

ELENA No; entiéndeme, no me mires así, hubiera podido he dicho, porque no he podido,, porque Dios no lo quiso... Y eso es peor que morir, es más que morir, porque adorándote a tí, a tí solo, sentir un beso de otro hombre que no eras tú, el mío, ¡mi Víctor de mi alma!, eso hubiera sido para mi peor mil veces que la misma muerte.

¿No comprendes, no entiendes? Respóndeme, Víctor, respóndeme. *(El sigue callado. Elena deja caer sus brazos con abatimiento y se va despacio.)*

VICTOR *(Luchando con su idea va y viene por la escena, de pronto se detiene bruscamente y dice:)* No, no. De ninguna manera. Basta, basta... *(Con mucha alegría.)*

ESCENA VI

VICTOR y CARUS

CARUS *(Que viene por la derecha.)* Querido Víctor. He reflexionado y me parece que tu carrera, probablemente, después de lo que ha ocurrido, puedes darla aquí por terminada, y vengo a hacerte una proposición. *(Victor le mira muy atentamente.)* ¿Te agradaría llegar a ser mi asociado?

VICTOR ¿Qué dices?

CARUS Mi clientela es casi toda colonial, pero tengo también muchos clientes en París, y cuando estoy aquí no puedo estar allí. Por eso me agradaría emplear a un hombre inteligente para que se ocupara de mis asuntos en París.

VICTOR Querido Carús: Te doy un millón de gracias.

CARUS Un hombre como tú no debe perder la serenidad.

VICTOR Mi querido Carús; todo esto me coge muy de sorpresa, me hace falta tiempo para reflexionar.,,

CARUS ¡Vamos! Encenderemos un cigarrillo y reflexionaremos con toda tranquilidad a la luz de la luna. *(Cogiéndole del brazo, después de haberle dado un cigarrillo, que enciende, se dirigen los dos hacia la derecha.)* Mi clientela en París, se compone principalmente de grandes casas de comer-

cio con sucursales en las colonias... *(Hacen mutis. A-Fun y Bekon vienen de la derecha y se quedan a ambos lados de la puerta.)*

ESCENA VII

ELENA y HORTENSIA A-FUN y BEKON, al final VICTOR

ELENA — *(Elena entra por la izquierda y llega al centro de la escena pálida y decidida.)* Ven aquí A-Fun, tú has sido siempre un boy respetuoso. *(Le da un billete.)* Que tu madre te guarde ese dinero. Y tú, Bekon, no has sido siempre muy listo, pero has sabido ser honrado. Toma esta moneda. *(Dándosela. Los dos boys cogen el dinero muy alegremente y miran a su señora con asombro.)* Ahora marchaos y ya sabeis que no estoy para nadie. No quiero que me vean. *Al mutis de los boys por la derecha aparece Hortencia por el foro.)* Hortensia.

HORTEN. — ¿Qué es eso? Por qué lloras? ¿Qué despedida es esa a los boys?... ¿Es que piensas huir?

ELENA — ¡Alguien tiene que hacer justicia!

HORTEN. — ¡Elena! ¿Es que has pensado en morir, en matarte? Elena, por Dios. La vida tiene trances muy amargos. Pero ya lo olvidarás todo. ¿Dónde está tu marido?

ELENA — No sé.

HORTEN. — Los hombres están siempre muy aferrados a sus ideas. Cuando despierta en ellos el honor... Yo hablaré a tu marido. Ah, aquí viene.

ELENA — ¿Tú?

VICTOR — *(Entrando por la derecha. Al verle Elena deja caer su cabeza sobre el pecho. Víctor la contempla mudamente desde el umbral de la puerta y después le dice en*

voz baja): ¡Elena! Dentro de ocho días me voy a Francia. *(Elena inclina más su cabeza.)* ¿Quieres venir conmigo *(Elena levanta lentamente la cabeza, los dos se miran con una mirada profunda y penetrante.)*

HORTEN. Voy a decir que estás indispuesta. Yo despediré a tus amistades... *(Mutis foro.)*

ELENA *(Elena y Víctor caen uno en brazos del otro.)* ¡Víctor de mi alma!

TELON

Obras de Luis Gabaldón

La invencible, pasillo cómico-lírico en un acto.
Un modelo, apropósito en un acto y en verso.
La sultana de Marruecos, juguete en un acto.
El espantapájaros, sainete lírico en un acto.
Con las de Caín, zarzuela cómica en un acto.
La romería del alcón, presentimiento cómico-lírico en un acto (segunda edición).
La japonesa, zarzuela cómica en un acto.
El respetable público, revista en un acto.
Yo puse una pica en Flandes, caricatura en un acto del drama *En Flandes se ha puesto el sol* (segunda edición).
Mirando a la Alhambra, cuadro andaluz.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupín, comedia en tres actos (agotada).
El panal de miel, farsa cómica en dos actos.
Bridge, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (cuarta edición).
Ñancy, opereta en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (quinta edición).
La melindrosa, sainete lírico en un acto.
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (sexta edición).
La extraña aventura de Martín Pequét, comedia en cuatro actos.
El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.
El hombre de las diez mujeres, comedia en tres actos.
El convenio de Vergara, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).
Teresita, comedia en tres actos.
Un hombre encantador, comedia en tres actos.
Nosotros te salvaremos, vodevil en tres actos.
Una mujercita seria, comedia en tres actos. (Segunda edición).
Mamá es así, comedia en tres actos.
La perla azul, comedia en tres actos.
Los hombres guapos, monólogo cómico.
La carrera, comedia dramática en tres actos.

El cabo López, aventuras (agotada).
Palotes, artículos y crónicas (agotada).
La conquista del planeta, novela de viajes (agotada).
Amor, celos y vitriolo, novela cómica (agotada).

OBRAS DE ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

La modelo, diálogo en escenas (agotada).
Géneros del Reino, revista cómica en un acto.
¡Miedo!..., cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupín, comedia en tres actos (agotada).
Nick Carter, melodrama en seis actos.
El señor Juez, vodevil en cuatro actos.
La loca aventura, comedia en tres actos (cuarta edición).
Los trovadores, comedia lírica en tres actos.
La bella Riseta, opereta en tres actos.
El panal de miel, farsa cómico-lírica en dos actos.
La reconquista, vodevil en tres actos (segunda edición).
Bridge, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (cuarta edición).
El tiburón, farsa cómica en dos actos.
El grano de arena, vodevil en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (quinta edición).
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos.
La melindrosa, sainete lírico en un acto.
El país azul, fantasía cómica en un acto.
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (sexta edición).
La extraña aventura de Martín Pequét, comedia en cuatro actos.
El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.
El hombre de las diez mujeres, comedia en tres actos.
El convenio de Vergara, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).
Apaches (Mon homme), drama en tres actos.
Teresita, comedia en tres actos.
Un hombre encantador, comedia en tres actos.
Nosotros te salvaremos, vodevil en tres actos.
Una mujercita seria, comedia en tres actos. (Segunda edición).
Después del amor, comedia en cuatro actos.
Mamá es así, comedia en tres actos.
La perla azul, comedia en tres actos.
Los hombres guapos, monólogo cómico.
La carrera, comedia dramática en tres actos.

La antigua Roma, sonetos (agotada).
Cascabeles de oro, poesías (agotada).

Precio: TRES pesetas